

MI VISITA A VENEZUELA

La primera vez que fui electo Presidente de la República fue en 1912, y algo menos de dos años después, a principios de abril de 1914, tuve el placer de recibir de manos del señor Andrade, comisionado del General don Juan Vicente Gómez, Presidente de Venezuela, —quien fue al Palacio con mi Secretario de Relaciones Exteriores, señor don Ernesto T. Lefevre—, una carta credencial que lo acreditaba enviado cerca de mí para entregarme el retrato de este General Presidente, con una expresiva dedicatoria firmada por él; además de una medalla de oro, de primera clase, con el busto del Libertador, sujeta por medio de una cadena de oro de una cinta de tres colores, los de la bandera de Venezuela, rojo, azul y amarillo, y un diploma dedicado a mí para justificar el uso de esa condecoración que explicaba el por qué de habérmela acordado. Aunque yo no era hijo de Venezuela, era digno de usarla por mi mérito sobresaliente (así decía el Diploma) o por los servicios prestados a la humanidad o a la civilización de los pueblos, de los cinco creados por Bolívar”.

La visita del señor Andrade y el obsequio que me hacía el General Gómez de su retrato y de la medalla del Libertador, de primera clase, me impresionaron mucho, y desde entonces comencé a simpatizar con ese gobernante y a interesarme en su existencia. No tenía ya por qué preguntar *cómo era*. Allí lo tenía de pie, vestido de General, serio y arrogante, y allí estaba la distinción que me hacía, tal vez sin merecerla: ¡Bolívar! ¡El Héroe, el Campeón, el Libertador, el Hombre sufrido, constante y patriota sin igual, a quien yo había amado desde niño, leyendo los episodios, casi increíbles, de su vida, quien debía inspirarme diariamente en el Gobierno de mi pueblo! Este procedimiento del General Gómez conmigo era extraordinario, muy sugestivo y muy bello. ¿Qué debía hacer yo? ¿Qué podía yo obsequiar, en cambio, que significara mi reconocimiento? En la República de Panamá no teníamos condecoraciones, ni distintivos de ninguna clase. ¿Cómo expresarle mi reconocimiento al mandatario de Venezuela? Le escribí una gran carta y nombré a mi hijo Belisario como Correo de Gabinete, y comisionado mío, cerca de aquél, para que se la entregara y junto con ella mi retrato, también de

cuerpo entero y confirmara de palabra con cuán agradable sorpresa había recibido los honores que me hacía con sus dos obsequios: el de su retrato y el de la condecoración de primera clase de la *Orden del Libertador*. Agregué una cosa más, que en Venezuela conocen menos bien que nosotros: un fino y rico sombrero de *jipijapa*... Mi hijo Belisario fue recibido con todos los honores de un comisionado mío, y cuando regresó a Panamá, quedó sellada mi amistad con el General Presidente Juan Vicente Gómez.

Terminó mi período de Gobierno y me reemplazó en el cargo de Presidente el señor don Ramón M. Valdés. Yo fui nombrado Ministro en Washington y desempeñé ese cargo hasta la muerte de ese amigo cuyo puesto tuve yo que llenar, nombrado por la Asamblea Nacional, en calidad de Designado. El General Gómez me envió a don Juan Guillermo Aldrey con expresiva carta de felicitación y con dos hermosas vacas lecheras, que daban veinticinco botellas de leche cada una. La amistad del General Presidente era, pues, constante y sincera.

Al terminar el período, ya comenzado, fui electo popularmente para un nuevo período de Gobierno. Yo me separé de la Presidencia para no inhabilitarme y mi elección no tuvo oponentes: fui electo por unanimidad Presidente de la República.

No faltó el General Gómez en esa vez tampoco. Me envió a don Samuel Darío Maldonado con carta muy expresiva y cariñosa, y con un obsequio para mi esposa: una pulsera de rubíes y diamantes.

¿Qué podía yo hacer por el hombre generoso que a cada elección del pueblo me daba una prueba valiosa de su amistad? Yo era pobre, casi paupérrimo, y no podía enviarle ningún objeto de valor. ¿Qué hacer? Me resigné a mi situación y le expresé por carta mi reconocimiento.

En fin cuando ya estaba terminado mi período, me hizo saber el General Gómez que deseaba conocerme personalmente, y si yo pensaba aceptar algún puesto en el exterior, en algún país de Europa, por ejemplo, me rogaba pasar por Venezuela por una o dos semanas, donde él me recibiría y me tendría como un huésped de honor. Y así fue. Se me nombró por mi substituto Ministro en Francia y en Inglaterra y a mi paso por La Guaira fui recibido por una comisión que envió aquel amigo con ese objeto.

En el vapor, en el cual yo viajaba, iba también un caballero que se hizo muy mi amigo, que iba para Curazao y pensaba pasar por Trinidad en donde trasbordaría a otra nave hasta el fin de su viaje. En el vapor se le llamaba... y con ese nombre había tomado su pasaje; pero su verdadero nombre, que yo supe después, era otro, el de un político de Venezuela que había sido desterrado por revolucionario. El sabía que yo había sido invitado por el General Gómez para ir a Caracas; el sabía que yo iba a ser huésped de honor y a merecer de Gómez atenciones y honores. De modo que muy pronto, desde el primer día, me provocó la conversación sobre el régimen existente en Venezuela. Ese día me dijo:

—Yo no creo que un hombre como usted, tan virtuoso, tan puro y tan cívico en toda forma, se ponga tan en contacto con un hombre como Gómez, que no tiene ninguna virtud, ni sabe lo que es ser cívico en la política, ni en la República.

—Pues ya usted lo ve, General, le contesté, voy a ver al General Gómez y a renovarle las seguridades que le he dado por escrito, de ser su amigo.

—Bueno, me replicó, le recomiendo, cuando esté en Caracas, que pida lo lleven a La Rotunda a visitar los presos que Gómez tiene allí, pudriéndose, hace años, y averigüe por qué están allí.

—Yo me imagino, le repliqué, que los que están presos en La Rotunda, lo están allí por haber pretendido quitar a Gómez de Presidente para ponerse ellos. Es el juego de *quítate tú para ponerme yo*, y el sistema de transformar la República en Dictadura y después en *despotismo* y *tiranía* descarada. La libertad es como la *virginidad* y como el *pudor* y como el *honor*. Si un hombre le coje la mano a una doncella y, ella se la deja tomar, él le tomará el brazo... y si ella se deja tomar el brazo, le tocará los senos... y si ella se deja tocar éstos le estrechará la cintura... y si ella se deja tocar la cintura, le tocará y le tomará todo...

Yo he visitado varias Repúblicas en nuestra América, seguí diciéndole, en donde los Presidentes electos más constitucionales, cuando son electos, en oposición al que está o estaba mandando, comienzan por declararse enemigos de los amigos del último y de los parientes de esos amigos. Presidentes electos que no perdonan

a ninguna maestra de escuela, por ejemplo, que le sonría al Presidente saliente, y las destituye de sus puestos; o cuando los que le sonríen a ese ex-Presidente son la tía o el tío, la prima o el primo de ella, la despiden también. ¡Las han destituido! Así comienza la Dictadura o Despotismo. Si el que es objeto de la intolerancia la soporta, entonces viene otra intolerancia y otra, y al cabo ése es *un aguantador* y la *mecha* que se aguanta es la que se llama *despotismo o tiranía*. Por ejemplo, las elecciones que dieron lugar al triunfo del candidato del Gobierno en la República de Panamá, costaron algunos miles de balboas. La suma se exagera y hay que pagar el empréstito que se hizo para sufragarla. Entonces, organizado el Gobierno, se reúne a los empleados de él y se les avisa la necesidad que hay de pagarla con algún tanto por ciento que se deduzca del sueldo de cada uno de ellos, un cinco, un diez o un quince por ciento. El que no consienta en el pago de ese cinco o diez o quince por ciento no es, sin duda, ningún amigo. Todos consienten, pues, y si en cuatro o seis meses no se cancela la deuda, tiene que haber *gato encerrado*, algo más que el pago de la deuda electoral. Cuando los empleados que pagan su cinco o diez o quince por ciento se callan y siguen pagándolo, entonces *se aguantan* y se va creando la constitución del vasallaje del *aguanta la mecha*. Entonces de lo que cobran le dan sueldos a algunos vagos o incapaces, vividores o inútiles. ¡Va más! Se los dan para que acaben de pagar sus deudas y se dice que es para que se interesen por la suerte del Partido, para que lo dirijan y no saben ni dirigir sus cosas; para que velen por su unión, para que ganen prosélitos para que denuncien a los que no se conduzcan lealmente. La *mecha* va así entrando y el *aguantador es un aguanta la mecha*. El *despotismo* y la *tiranía* nacen así, con el empuje de la *mecha* y con la *paciencia* y el *aguante* de quien la soporta. La noche no puede sobrevenir sino después que se haya puesto el sol. Del propio modo, el *despotismo* es un imposible cuando los hombres hacen uso de sus derechos y mantienen el culto de su Libertad.

—Vea, General, agregué al terminar, yo creeré en la tiranía de Gómez cuando la vea y por eso he aceptado la invitación de ir a Caracas. Yo quiero ver esa tiranía.

—No se la dejarán ver, se la esconderán.

—Yo no olvidaré lo que aprendí de Alegernon Sidney. El decía lo que yo digo: Creeré en el derecho de un hombre para gobernar una Nación despóticamente cuando encuentre un hombre nacido en el mundo con botas y espuelas y una Nación nacida con silla de montar en su lomo o espinazo. Si las cosas fueran en Venezuela como usted dice, seguramente en ese país no debe haber virtud, ni honor. Sólo debe haber terror. Es terror lo único que se encuentra en un país gobernado despóticamente, y yo quiero verlo; yo voy a verlo. La virtud es necesaria en una República, como lo es el honor en una Monarquía, ¿pero el terror? El terror es lo que debe ser requerido en Venezuela para que haya lo que usted dice, Despotismo, pues la virtud no es necesaria, ni el honor tampoco: el honor sería peligroso en ese país.

—Dígame, General, ¿tiene algún amigo el General Juan Vicente Gómez? Le pregunto esto porque yo entiendo, como decía Diógenes, que un tirano jamás tiene un verdadero amigo, ni puede gozar de una perfecta libertad. “Tiranos y opresores, cuando vivos, son el terror de la humanidad; pero cuando muertos son los objetos del desprecio general y del ludibrio. La muerte de Nerón fue celebrada con fuegos artificiales y con juegos; los pájaros se comieron las carnes desnudas de Pompeyo; Alejandro yació insepulto treinta días; pero una útil y santa vida es generalmente cerrada y terminada con una lamentable y honorable muerte”.



Cinco días después estábamos, al amanecer, en La Guaira, habiendo pasado por Barranquilla y Maracaibo. Una comisión del General Juan Vicente Gómez estaba en La Guaira para darme la bienvenida; para darme las franquicias de puerto y para poner dos automóviles a mi disposición con sus choferes, con el fin de poder realizar con mi familia el viaje a Caracas. Desembarcamos, envié un telegrama de gratitud al General Gómez, nos acomodamos en los automóviles y emprendimos viaje por un camino, obra de romanos, carretera limpia, con balaustradas casi siempre en todos los grandes declives. Yo admiré con simpatía esa obra

extraordinaria de Gómez y le pregunté al chofer si el General había hecho otras carreteras, además de la que íbamos recorriendo.

—Cómo, me dijo, si de Caracas hay otras alrededor de la ciudad, y luego, hasta Maracay, y después hasta la Zulia en Colombia, a donde viajan a menudo nuestros hombres y de donde vienen de Cúcuta, de Bucaramanga y del Socorro... Y muchas otras.

Pues con estas carreteras está justificada la tolerancia para con Gómez en el Poder. Yo espero que ningún hombre que lo sustituya pretenda aparecer como habiéndolas hecho. En Roma hubo un varón de nombre *Appio Claudio* (Appius Claudius), no el de sobrenombre *Crassus*, enamorado de la célebre virgen que él pretendió como desenviro que le fuera entregada, en un abuso de justicia, de Virginia, la pura y bella, a quien su padre Virginius, dio muerte, prefiriendo verla así, muerta, a que viviera en brazos de Apio Claudio, el Crassus! ¡Ah!, si existiera entre nosotros un *Virginius*, cuántas Virginias, puras y bellas, no hubiéramos contemplado muertas antes que deshonoradas en brazos de no pocos Apios Claudios *Crassus*! Hubo un hombre de ese mismo nombre, pero con sobrenombre distinto, con el de *Caecus*, patricio y autor, quien fue nombrado *Censor* en 312, antes de Jesucristo, puesto que tuvo por cinco años a despecho de la *Ley Aemilia* que limitaba su término a diez y ocho meses. Fue electo *Cónsul*, por la primera vez, en 307. En 298 fue *Interrey*. En 295 fue electo *Pretor*, y por último, fue una vez *Dictador*. Pues ese hombre, autor de la expresión o *dictum*, “cada hombre es el autor de su propia fortuna”, y autor de una colección de aforismos, en verso, que Cicerón menciona; ese hombre fue el que llevó a cabo, cuando *Censor*, el famoso camino o carretera que lleva su nombre: VIA APPIA, VIA DE APPIO CLAUDIO, que no ha cambiado nunca por el de ningún otro *Censor*, ni *Pretor*, ni *Cónsul*, ni *Dictador* y que ha venido llamándose así a través de los siglos, con todo y que, no llegando sino hasta Capua, cuando la hizo construir, de donde fue prolongada más tarde hasta Benevento, y Brindisi, a orillas del Adriático, sin que nadie le cambiara su nombre. Fue después en los tiempos de Pío IX, y por orden de éste, reparada por el arquitecto Canina, bajo el Ministro de Comercio Jacobini, hasta la piedra miliaria número 11. Todavía hoy, después de dos mil

doscientos cuarenta y un años, merece ser todavía llamada “*La reina de las carreteras o caminos*”. Ni Pignatelli que hizo un brazo a la ruta principal, ni el Ministro de Comercio Jacobini, que la alargó, se atrevieron a quitarle el nombre, de VIA APPIA, ni a esta ruta principal tampoco, que es el brazo derecho, y que se nombra la VIA APPIA ANTICA.

Esto es admirable. Por esas tradiciones y respeto al derecho de los que llegaron los primeros y trabajaron, y por respeto al nombre ajeno y a los esfuerzos de otro u otros, por eso no han muerto ni Atenas, ni Roma, ni creo morirán jamás...

En cambio, la carretera de las provincias centrales de la República Panameña, creada por un Presidente que organizó la Junta Central, que nombró los ingenieros, que hizo el empréstito de millones para construirla, que se empeñó con su propia dirección en todo el trayecto de ella y en adquirir y hacer construir en el curso de ese trayecto, los puentes para los ríos que cruzaban el territorio, que dejó millón y medio a su sucesor para la conclusión de ella (ya faltaba poco), en cambio, repito, ese ex-Presidente ha podido ver, vivo, como todavía está, substituido su nombre en algunos puentes de esa carretera por el del que lo reemplazó en el mando. ¡Appio! ¡Appio Claudio! Dos mil doscientos cuarenta y un años hace que hiciste construir la tuya y no fue completamente hasta el mar, y al cabo de esos veinte y más siglos, todavía lleva tu nombre y todavía los romanos, tus compatriotas, te honran; y al dejar de vivir pocos años después de concluida esa tu gigantesca obra, no has necesitado que nadie te defienda. Todos te respetaron y respetaron lo que era tuyo. ¡Appio! ¡Appio Claudio! Tú vives por el respeto y la gratitud de tus compatriotas y vive Roma y vivirá siempre. Querría saber si vivirán así mismo las nuevas Democracias de nuestra América, aún al amparo de la Gran Democracia del Norte.



Ese mismo día, en la tarde, fui instalado en la *Quinta España*, mansión oficial, o Casa de Embajadores, donde se les tributan, a los huéspedes de Venezuela, todos los honores y con ellos todas

las comodidades de la vida. Contaba esa casa con catorce empleados: cuatro cocineros, dos choferes, dos sastres, dos barberos, un mayordomo, —Coronel retirado del Ejército—, y tres sirvientes, hombres y mujeres. Las bodegas repletas de vinos, licores, champaña y aguas minerales. Todo, todo lo que uno ansiara y soñara. Allí fui constantemente visitado, y a los dos o tres días, acompañado por un grupo de Senadores de la República y numerosos funcionarios públicos, en cumplimiento de un altísimo deber, como hijo de uno de los pueblos que se hicieron libres bajo el influjo de la gloriosa espada del genio de la Libertad Americana. Visité el histórico panteón, destinado a los grandes hombres, con el fin de colocar sobre la tumba de *Bolívar*, el *Héroe máximo* de la epopeya más grande que conoce la historia de la humanidad, como también en la de *Sucre*, el gran Mariscal de Ayacucho, una corona de bronce, en homenaje de admiración y de respeto hacia esas dos grandes cumbres del heroísmo, cuya fama ha traspasado los límites de todo un Continente, para esparcirse por el Orbe entero. Como era de rigor, pronuncié ante cada una de las mencionadas tumbas, una oración, publicadas después en los diarios de Caracas. Presente en aquel acto el Dr. Juan Bautista Pérez, Presidente del Senado en aquella época, hoy Presidente de la República, hombre de grandes méritos y de gran ilustración, pronunció un bellissimo discurso en nombre del Gobierno y del pueblo venezolano, en el cual hizo de manera brillante la apología del Libertador y me dio las gracias por mi gesto de patriota al rendir como lo hice, el homenaje más sentido ante las tumbas de los dos grandes patricios. Describir las bellezas que ornan el túmulo del Padre de la Patria, es algo más que imposible. Tan solo diré que hay sobre aquel sagrado cofre, cuyo seno guarda el más precioso tesoro de la Libertad, hermosas coronas de oro con perlas y diamantes de inestimable valor que impresionan hondamente y dan una idea de cómo es apreciada hoy, a través de los años, la grandiosa obra de aquel genio y mártir, que sintió extinguirse su meritoria existencia allá en la soledad de San Pedro Alejandrino, decepcionado y triste, ante la negra ingratitud de los pueblos que hizo libres con el poder de su inteligencia y el deslumbrante brillo de su espada victoriosa en mil combates. Entre aquellas coronas bellísimas, me llamó muchísimo la atención

una de bronce y oro que días antes había colocado el General Pershing, con esta sugestiva inscripción que, salida de la pluma de un hombre de otra raza, tiene un altísimo valor: *"John J. Pershing, Generalísimo de los Ejércitos de los Estados Unidos de Norte América, al Primer Libertador del Mundo"*.

Después de una semana de permanencia en Caracas en el Palacio *Quinta España*, fui notificado de que el General don Juan Vicente Gómez, deseaba verme y saludarme en *Macuto*, precioso balneario, cerca del Puerto de La Guaira. Me trasladé de Caracas a ese lugar, acompañado de mi cuñado Anselmo Castro, y cuando llegamos fuimos hospedados en el Hotel Germania, de propiedad del Gobierno, y antes, del antiguo Presidente Guzmán Blanco que lo había construido. Allí, en ese hotel, esperamos un largo rato, pues el General Gómez no estaba en ese momento en el mismo *Macuto*. Nos habían esperado militarmente a determinada hora y minuto y no habíamos llegado. Pero al fin de todo, el General volvería y entonces podía hacerle la visita. Así fue. Al rato oímos las cornetas que anunciaban la llegada del *hombre* y el presentar armas del escuadrón que siempre le acompañaba. Desfilaron por delante del Hotel Germania un sin número de autos y en uno de ellos nos indicaron que iba el General, muy difícil de conocerlo, pues todos usaban el mismo uniforme que él, con sombrero alón de jipijapa. Yo me dirigí enseguida con mi cuñado, a la casa que ocupaba el Presidente y fui recibido con grandes muestras de simpatía y adhesión. El General se cambiaba de uniforme de campaña por el de parada y mientras esto sucedía, el Jefe de Edecanes, General Jaimes, me presentó a las distinguidas y numerosas personas que se encontraban presentes. Charlamos unos cuantos minutos mientras el General Gómez cambiaba su uniforme. Y se cambió y vino, siendo recibido con verdaderas muestras de respeto. En una pared, entre dos puertas, había un estrado y allí se fue él, sentándose en la silla del centro; a su derecha se sentó el General Antonio Pimentel, y a su izquierda, Vicentito Gómez; Jefe del Ejército y Vicepresidente de la República.

Después de la presentación y de las frases de cortesía de ocasión, entramos a hablar de generalidades. Yo le dije que quería ratificar las seguridades de mi gratitud ante tantas pruebas de amistad que él me había dado y me seguía dando. No hable de eso

—me dijo— todo lo que yo he hecho es nada y estoy feliz viendo que he despertado en usted sus simpatías para mí y valgo algo para usted.

Al hablar de nuestras relaciones diplomáticas le manifesté mi deseo de que su Gobierno hiciera construir en Panamá el Palacio para la Legación, para lo cual se le había cedido el terreno apropiado en el barrio de *La Exposición*, en donde están los de España y Cuba. Además lo insté para que nombrara, ante nuestro Gobierno, un Ministro, y una vez construido el Palacio, abriera una exposición de productos de Venezuela para hacer conocer así sus industrias y productos. La ocasión es propicia, le dije, ya que dentro de poco se instalará en Panamá el Congreso Bolivariano y para esa fecha bien puede contar Venezuela con un edificio propio, en donde instalar a sus delegados que asistan a dicho Congreso. El General pareció interesarse con todo aquello y me prometió hacer cuanto estuviera a su alcance, con el fin de realizar esa idea.

Al despedirme yo le manifesté mi deseo de verlo nuevamente antes de mi regreso a Caracas y entonces él, siempre atento, me contestó que en la tarde tendría mucho gusto en recibirme, pero no allí sino en el *Uvero*, lugar de recreo y bellissimo sitio histórico, ya que fue en él, a la sombra del árbol cuyo nombre lleva y ante el gigantesco mar que lo baña, donde pasó Bolívar su mirada relampagueante, buscando en los dilatados horizontes de América, el punto luminoso que lo guiara en su camino hacia la libertad que un día, allá en Monte Sacro, jurara conseguir a todo trance para los pueblos oprimidos bajo el yugo español...

Y fui puntual a la cita. Al llegar al hermoso sitio, en donde parecía flotar el espíritu del Libertador, envuelto en la sombra del crepúsculo, ya estaba allí el General Gómez, rodeado de algo más de ochenta amigos; hombres distinguidos todos, como Vallenilla Lanz, Gil Fortul, General Jiménez Robolledo, entonces Ministro de Guerra, el Dr. Arcaya, Ministro de lo Interior, el Dr. Centeno Grau, Ministro de Hacienda, el Dr. Chasin Itraigo, Ministro de Relaciones Exteriores, Andrés Mata, distinguido periodista y poeta de renombre, el General Antonio Pimentel, Vicentito Gómez, Jefe del Ejército, y un sin número más que no recuerdo. Y fue así, en aquel ambiente propicio para las sanas ideas, entre la más franca

comuni3n espiritual, como pasamos todos una tarde de lo m1s agradable, charlando de todo con entusiasmo que jam1s podr3 olvidar. Poco despu3s y por ser el General G3mez un gran amante de la agricultura, nuestra conversaci3n vers3 sobre ese tema. El General me pregunt3 si yo pose3a algunas fincas en Panam1. Si las tiene deben ser muy buenas –dijo– desde luego que yo era –quiz1s pens3– lo mismo que 3l, amante de la ganader3a y habiendo sido Presidente por algo m1s de diez a1os, hab3a tenido tiempo suficiente para hacer mucho en ese sentido.

No sabiendo que contestarle inmediatamente sobre el particular, me dirij3 a mi cu1ado que me acompa1aba y que ha cuidado por alg3n tiempo mis peque1os bienes, y, al interrogarle sobre el tema, contest3 que el 3ltimo inventario que hab3a hecho arrojaba un total de *sesenta cabezas de ganado vacuno y treinta de ganado caballar* y que todos ellos pastaban en mi 3nica *finquita* que poseo, desde antes de ser Presidente, *finquita* que tiene algunas doscientas hect1reas de extensi3n. Esto produjo cierta hilaridad entre algunos de los presentes y entonces el General G3mez, dirigi3ndose al General Pimentel, quien se encontraba a su derecha, le pregunt3 cuanto arrojaba el 3ltimo inventario, pues le parec3a que era algo por el estilo de lo que yo pose3a en mi *finquita* de Panam1, y que dijera tambi3n las hect1reas que med3an sus terrenos. El General interpelado contest3 al General G3mez que sus terrenos no se conoc3an por hect1reas sino por leguas y que el recuento del ganado vacuno y caballar que pastaba en sus propiedades, desde *Maracay* hasta el r3o Orinoco, cerca de la frontera del Brasil, la 3ltima vez que se hizo, arrojaba la peque1a suma de *cuatrocientas mil* cabezas, poco m1s o menos.

Despu3s nos dijo el General, en un arranque de entusiasmo, que 3l esperaba ser el hombre m1s rico de la Am3rica Hispana; que actualmente s3lo la familia Cousi1o, mineros chilenos, eran m1s ricos que 3l, y volvi3ndose nuevamente hacia el General Pimentel, le pregunt3 si con los nuevos pozos petroleros de Maracaibo podr3an sobrepasar a los Cousi1os de Chile. Duncan Alves, de Inglaterra, que ten3a una conces3n petrolera, en Maracaibo, me dec3a a m3 que cada *tic tac* del reloj, es decir, cada segundo del tiempo, el Pozo Maracaibe1o, produc3a una libra

esterlina, *sesenta* en un minuto, en una hora *tres mil seiscientas*, en un día, *ochenta y seis mil cuatrocientas* y en un mes *un millón doscientas noventa y seis mil libras esterlinas*... Pimentel, siempre sonriente, le contestó que sí; que él (Gómez) sería más rico que los Cousiños, mineros, de Chile.

Pocos momentos después, casi entrada la noche, nos retiramos, abandonando el hermoso paseo y al despedirnos nos pareció dejar allí, envuelta entre las sombras de la noche, la sombra augusta del Libertador del mundo, como lo ha titulado el General Pershing, en un arranque de emoción profunda.

Acompañado siempre de algunos amigos regresé a Caracas, enormemente agradecido de tantas atenciones recibidas del General Juan Vicente Gómez, y pensando cómo podían ser ciertas las tiranías de este hombre de que tanto hablaban sus enemigos, cuando los tiranos por lo general sólo cuentan con sus soldados y éste, a quien acababa yo de visitar, vivía rodeado de distinguidas personalidades, tanto de la política, la banca, como de diferentes clases sociales. ¿Cómo no dudar ante todo esto?

Durante mi permanencia en Caracas fui objeto de múltiples atenciones y honores que nunca podré agradecer lo bastante. Por ejemplo: la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, me confirió el título de Miembro Correspondiente Extranjero, y en una sesión solemne de esa Sociedad a la cual asistieron todos sus miembros, y numerosas personas más, se me hizo entrega del Diploma respectivo, después de un bellissimo discurso, pronunciado en mi honor, por el Presidente Dr. G. F. Villegas Pulido, al que correspondí yo profundamente emocionado. El acto revistió caracteres de solemnidad y a despecho del tiempo transcurrido, aún subsiste aquella grata impresión en mi espíritu.

Enumerar cada una de las atenciones que recibimos tanto mi familia como yo, de los más altos funcionarios públicos, del Cuerpo Diplomático y de la sociedad caraqueña en general, sería una labor larga y pesada, a la cual no quiero exponerme.

Muy pocos días antes de la fecha señalada para continuar mi viaje a Europa, recibí la invitación a un gran banquete que en representación del General Juan Vicente Gómez, daban los ministros en mi honor, y que tendría efecto pocos días después, al cual asistiría el Cuerpo Diplomático y sus familias, así como la

élite de la sociedad capitalina. Y en verdad, aquello fue algo magnificante y único. Nada faltaba allí en aquella gran mesa, alumbrada más que por la profusión de luces, por las deslumbradoras, pupilas de las aristocráticas mujeres caraqueñas, elegantes y exquisitas en su trato, recatadas y cultas a la vez. Caracas que, como a Bogotá, Lima, Quito, Guatemala y otras capitales de América se la puede llamar la *ciudad de las flores*, había contribuido a hacer más atractivo y poético aquel acto, al ofrecer el conjunto más bello de fragantes rosas que, unidas a infinidad de orquídeas de distintos colores, particularmente de color lila, daban un aspecto bellísimo y seductor a la mesa artísticamente arreglada, a cuyo alrededor tomaron asiento elegantísimas damas y cultos caballeros, invitados por el General Gómez, para aquel último honor que quería dispensarme con motivo de mi visita a la Patria del inmortal Bolívar. Y así, en medio de un ambiente de confraternidad, se brindó por Panamá, a lo que yo correspondí para agradecer, desde el fondo de mi alma, y a la vez formular mis votos por el engrandecimiento de Venezuela, cuna ilustre del Patriota inmaculado que, iluminado por el Dios de la Libertad, rompió las cadenas de la esclavitud y nos hizo libres ante la faz del mundo civilizado.



A pesar del consejo de mi compañero de viaje hasta Trinidad, de cuya conversación he hablado antes, no me fue posible visitar la Rotunda, en donde, me decía, se pudren millares de presos políticos, y de allí que no pueda decir si es o no cierta la aseveración. Sin embargo, durante el mes que pasé en Venezuela, nada pude oír al respecto, y nada pude ver que me convenciera de que Gómez era un truhán, tirano y bandido; los semblantes sonrientes y alegres, nada denunciaban, fuera de la tranquilidad de una vida de satisfacción y esperanzas. Yo salía de la tierra amada, donde habíamos estado trabajando por su engrandecimiento, riqueza y felicidad, y había comenzado a ver en ella, cómo se *aguantaban la mecha* y cómo la aplicaban y la hundían hasta su extremidad, sin una voz de protesta y ahogando

los gemidos de dolor y de infelicidad ¿Qué era ese fenómeno y qué lo es en nuestra Democracia? ¿Por qué el primer ataque a nuestra libertad no lanzamos la protesta? No hay afinidad más cercana que la que tenemos con nuestra Patria. “Mi patria me reclama todo, hasta mis pasiones; por eso su libertad debe ser todo mi pensamiento. Para ella debe ser mi vida que yo voluntariamente daría y al darla diría con transporte que la ganancia es mía”. ¿Qué ha pasado? Ha enseñado nuestra educación que debemos *aguantar la mecha*? ¿Y aguantarla hasta cuándo o hasta dónde? ¡Nó! La libertad de una Nación es como el pudor y la virginidad de una mujer. A la primera tentativa la doncella azota el rostro del audaz. Sólo así se puede conservar el gran tesoro del amor que ha dado Dios. Y para una Nación el gran tesoro es su libertad. No consientas el ultraje para con ella. La Nación también tiene su pudor, en conservar incólume, intocable, su libertad. No admitir la posibilidad de la *mecha*; no *aguantarla* ni en imaginación. Mantenerse firme y alerta ante todas las tentativas de imponer la *mecha*. Debe ser esa la consigna de los pueblos, celosos de su honor y de su libertad!

III

DISCURSOS Y ENSAYOS VARIOS

DISCURSO EN OCASION DEL 28 DE NOVIEMBRE

Discurso pronunciado por el Dr. Belisario Porras, el día 28 de noviembre de 1888, en la sesión solemne del Consejo Municipal, en conmemoración del día de nuestra independencia de España.

Señores:

Como sabéis, todos los años, en un día como hoy, nos congregamos en este recinto que más tarde será, no hay que dudarlo, un templo de mármol que levantaremos a la patria con su altar a la Libertad y a la Razón, para conmemorar, además de la fecha gloriosa en que nos declaramos independientes del Gobierno de España, y, libre y espontáneamente, unimos nuestra suerte a los destinos de Colombia, las épocas de prosperidad que hemos tenido, los días de ventura y alegrías positivas.

En esta vez, tengo que confesarlo, hale tocado al menos digno para llevar la palabra ante vosotros. En los festivales de la Patria siempre se ha acostumbrado entre pueblos que han honrado el pasado, como fuente de lecciones y enseñanzas, maestro del porvenir, ceder el primer puesto a los ancianos, justos en saber dar a los sucesos que han conmovido a la sociedad de que hacen parte, del colorido que borran a las imaginaciones de los jóvenes el tiempo y el calor de sus años. Como en los aniversarios de la familia, en los que el Jefe rodeado de los suyos, que oyen con avidez los chicuelos, las reminiscencias de una época lejana, vista entre celajes de oro, desde los albores de la pasión a que incendiaron inquietudes deliciosas y goces nada comunes de los primeros días de indecisas noches de luna, de purísima miel, hasta el establecimiento definitivo del hogar levantado por entre escombros y de los obstáculos en la lucha serena del trabajo, para dar sombra y protección a todos; y agrega a ellas la fiera alegría que le causan las promesas del porvenir, representado en sus hijos.

Para un pueblo, sus aniversarios no pueden estar sujetos a otras consideraciones. Se ha gozado y se ha sufrido, se ha cosechado triunfos y recogido derrotas, y se ha pasado por días prósperos y por días de duelo común, tal como si se tratara de un hombre o de una sola familia.

En el conjunto de voluntades tan opuestas y de opiniones tan diversas como existen en un pueblo, es un consuelo oír en un día señalado, que generalmente es el día que conmemora la ventura de todos, la voz autorizada que inspire la confianza, que nos haga esperar y preservar, que fortalezca la fe en este viaje en busca de la felicidad soñada sin más brújula que las lecciones recogidas en los sufrimientos pasados.

Es cosa averiguada que el hombre no puede vivir aislado, entregado en las selvas a su propia naturaleza. Asociado con los demás, vive mejor en sociedad en la que debe ser un auxilio para sus flaquezas, un amparo para sus derechos.

¡Qué distantes nos hallamos sin embargo, de nuestro origen! Apenas distinguimos ya, envuelto en el ropaje azul del horizonte, la alta costa de donde partimos ahora siglos. Hemos andado en el camino del perfeccionamiento social un trecho inmenso. De los abusos de la persecución del fuerte contra el débil, de la intriga contra la rectitud, del vencedor contra el vencido y de la venalidad contra el hombre íntegro, de que se ven todavía tan palpables y tristes muestras en la sociedad.

Por lo que tanto esperamos es por lo que no debemos olvidarnos de lo que fuimos, no descuidar lo pasado, ni llegar a tener en poco las doctrinas y prácticas de las generaciones que nos han precedido. Sabemos evidentemente menos y somos hoy mucho menos felices que los que han de venir a llenar el vacío nuestro después de nuestra muerte; pero no por eso podremos ni deberemos ser desestimados por ellos, como no debemos reír ni tener en menos a quienes fueron primero que nosotros en esta labor inacabable.

El hijo de Poncra y el de Comagre en estas comarcas, no eran menos hijos de la especie humana, ni menos dignos que nosotros porque desconocieran el uso del hierro, porque desconocieron el vapor o la electricidad. Por cierto que Sócrates, Aristóteles, Arquímedes en suma, los más grandes filósofos de la

antigüedad, serían hoy si despertaran de su profundo letargo unos niños que necesitarían de lazarillos para guiarse en cualquiera de nuestras modernas ciudades.

¡Cuánto no se han desconocido, a pesar de todo, estos principios! Tratándose de nosotros, es evidente que los hemos desconocido cuando nos hemos ocupado de juzgar a nuestros padres y a nuestros abuelos.

Deslumbrados un momento por la historia de otros pueblos como el de Grecia, tema de justa celebridad, hemos llegado a menospreciar a tal punto la antigua nuestra que más pareciera que nos avergonzáramos de ella y de nuestros orígenes.

Los primeros pobladores del Istmo, hijos de la terrible raza caribe, habitantes en cavernas, sin más ocupaciones que la caza y la pesca, casi desnudos, temerosos de la luna en eclipse, errantes en las selvas, agitados por continuas guerras, no pueden ser reverenciados lo bastante por nosotros que somos más humanos, que ejercemos profesiones liberales, vestidos de finísimas telas, sin más temor que el de Dios, pero en ocasiones; ni más ni menos como los hijos de la gente del campo que frente a sus padres, que viven lejos de la ciudad, con otro atuendo se avergüenzan de tenerlos como padres. Maldiciendo sus indiscreciones frente a sus amigos, y huyendo de la oportunidad de que se sepa de donde vienen...

Débese, en mucha parte esta injusticia a nuestros conquistadores y colonizadores, con la cual, a nuestro turno, les hemos pagado caramente.

Calificados por ellos de salvajes los que habitaban estas tierras, se han quedado hasta nosotros más o menos tan errada creencia. Es evidente que de ese calificativo se sirvió la conquista para justificar sus depredaciones, sus torturas, sus iniquidades y su despotismo.

No eran ciertamente tan civilizados como lo somos nosotros, pero sabemos ya, por los restos que exhuman, así como por las crónicas de aquellos tiempos, que tenían una religión avanzada, que estaban dedicados a la cultura de los campos, que fabricaban telas de algodón, como hemos dejado de hacerlo; trabajaban el barro, como no lo trabajamos ya; navegaban en buques de vela como lo hacen rudimentariamente nuestros pueblos del interior,

cumplían los tratados con la fe sencilla que asegura y hace amable y deseada la vida, eran hospitalarios y generosos y para que no faltara nada entre los rasgos de su carácter, presentaron ejemplos de fidelidad en el amor, de virtud, de abnegación y de completo renunciamiento de sí mismos, tales como hoy podrían servir de muestra palpitante de lo que vale la mujer americana.

De héroes no se diga, tratándose de entre ellos, de Parita, el más gallardo e inflexible, el legendario héroe entre los héroes de aquella cruzada en el Pacífico, más valiente que Vercingetórix, que Ambiorix y que todos los guerreros con quienes luchó en vano Julio César en las Galias y a orillas del Escalda, es bastante para dar inspiración a nuestros bardos cuando sea llegada para ellos la hora de cantar nuestras glorias locales de todos los tiempos.

Y esa hora suena ya en los momentos presentes, de reparación y de justicia, que debemos emplear igualmente para juzgar a los mismos descubridores y conquistadores de nuestro suelo.

En el contrapeso de los males que causaran y de los servicios que acumularon en diversos graneros que nos dan todavía abundante provisión y que la darán a las futuras generaciones, es imposible vacilar un instante.

No fueron liberales y ese fue su pecado. Pero Lutero no había asistido aún a la Dieta de Worms. Descartes no había nacido ni sus discípulos inmortales como el espíritu del genio, habían fundado todavía las escuelas que debían revelar al hombre su destino y sus derechos. El mundo era todo tinieblas. Desde muy remotos tiempos, Prometeo se hallaba encadenado, y las voces aisladas que escapaban, por todo género de opresión del pecho de las víctimas, eran sus tremendas voces que conmovían el orbe entero.

Podría decirse que realizado el sueño de Colón, con el descubrimiento de América apenas asomaba, como rosada luz crepuscular de claros días, el sol que debía mostrar a los ojos de todos, horizontes vastísimos hasta entonces ocultos.

¡Qué tiempos! La autoridad lo era todo, el individuo no era nada. Los Papas y los Emperadores comían juntos en señal de absoluto sometimiento en la tierra. El derecho era una palabra latina que había durado lo que la República Romana. La imprenta

que tantos frutos ha dado, que tantos bienes ha hecho, no se había vulgarizado y yacía muda como en posteriores épocas en que la autoridad se ha sobrepuesto.

A las extravagantes ideas que existían sobre la propiedad, el primero y más grande de los derechos humanos, sacadas de la Edad Media todavía palpitante, venían a agregarse nuevas no menos insólitas con la graciosa adjudicación que hizo un Pontífice de estas tierras.

Los conquistadores tomaban pues, en el Istmo como en toda América, posesión de lo bueno, validos de un singular mandato de su rey sobre la cresta de un monte o bajados al océano, ¡levantando una cruz bien alto y extendiendo la vista lejos, bien lejos y golpeando con la espada el aire o las olas!

En Europa no se diga, un día había soplado, atizado por el fanatismo, enormes hogueras en las plazas públicas para quemar a todos los que no creyeran y adoraran a Dios como Ella, y otro día, inventando tormentos atroces para arrancar a las víctimas la confesión del delito de tener alma libre, pensamiento libre que los convertían en víctimas. Los ayes desesperados habían dejado ecos, y las hogueras inflamado los sueños y la mente de todos. Hostigada, acosada por las sombras de tantos mártires sacrificados, de error en abuso, de tiranía en despotismo, sentía ya agitar sobre su cabeza las alas de los pájaros que había predicho Juan Huss se elevarían por encima de los lazos de los inquisidores.

Mientras tanto, alejada de España por un inmenso océano, dirigida por Gobernadores y Capitanes Generales que venían, excepción honrosa de pocos, a buscar fortuna, por Oidores y Magistrados que deshonoraban la Justicia y cuyos escándalos motivaron un día la supresión de la Audiencia de esta ciudad; con un tren de empleados de fuera que venían a hacer capital como los primeros, con leyes dictadas para un país imaginario, desconocido por legisladores de oídas y leídas, vilipendiada, tratada de bárbara como en los primeros tiempos y tratada, no obstante su generosidad, de mezquina, que no daba de sus inagotables minas tanto como querían los amos; la Colonia crecía pero no progresaba.

Es de creerse que entonces debía suceder en el Istmo lo que sucede en épocas de furor por la riqueza, de que tenemos actualmente un ejemplo con el Canal Interoceánico.

La noticia de las minas de Canaá, de las praderas, de los ríos y bosques vírgenes inexplorados, de las perlas de un archipiélago que hacía un laberinto de islas y de arcanos de fantásticas posesiones, arrancó seguramente del hogar a muchos hijos de España que vinieron a llenar la bolsa para volver a disfrutar de ella a clima mejor, en el seno de los suyos, bajo el ala de sus casas; y andando a prisa para volver pronto, pasaron días sin reposo, noches sin sueño, épocas enteras sin serenidad para el alma. El gobernante no pudo estar exento de reproches. La codicia no le dio tiempo para ocuparse de sus gobernados, porque ella lo absorbe todo, el cuerpo que agosta como por un vampiro y el alma que agita como a una veleta desordenada por el viento.

Pero la riqueza no se halló a manos llenas y los días de atesoramiento pasaban duplicados, multiplicándose, cuando un día, tostado el inmigrante por el sol ecuatorial, sorprendido en sus redes por el amor que dio frutos, vio cubrir de nieve la cabeza y declinar sus días sobrecogido por la muerte.

Los que vinieron luego, crecieron en su propio suelo, serenos, en su heredad, atónitos de ver hombres que venían agitados por una especie de tarántula a buscar oro, explotando el suelo ajeno con monopolios y privilegios, con impuestos y cargas que inventó su codicia y de que eran víctimas los americanos.

Para España eran graneros sus colonias. Empobrecida por la expulsión de los moros, llegó a estarlo más todavía cuando consideró que el oro que le venía de América era su principal, si no su única riqueza. Tener plata, mucho oro amonedado fue su empeño, olvidando que éste busca la producción y escapa de ociosas manos, como corre el agua en busca de su nivel de la cuesta a la llanura.

En América había mucho oro y como no bien llegado a España un galeón, debía llegar otro para llenar el cauce, el tráfico de los esclavos en estas tierras era enorme, ensordecedor el ruido de cadenas, de vejaciones bochornosas, de creciente el clamor de los oprimidos.

La primera insurrección nació de eso y de ellas nuestra revolución contra el poder de España.

Porque se nos quitaba con escarnio lo que producíamos, nuestra tierra, nuestra propiedad, nuestros hijos, fruto de nuestra inteligencia, uniendo en el gravamen impuesto a la violencia el ultraje.

Un tirano puede tomar nuestra propia vida, nuestros hijos, perseguirnos, atormentarnos, privarnos de la asociación, reducirnos al silencio; pero que no nos haga sentir nuestra servidumbre, porque ella es una afrenta que no podemos experimentar sin imaginarnos que somos víctimas de todos los males imaginables, de todas las desdichas humanas.

Es inimaginable el inmenso dolor, la desesperación de un pueblo que sufre oprimido y que no halla medios de calmar sus dolencias. Júzgalo apenas pálidamente aquel que haya sentido una horrible pesadilla rodeado de quiméricos peligros, inminentes, próximos a herirlo, que lo tocan, que se le acercan ya y lo devoran, a él que yace retenido por los brazos que le hiere, en una inmovilidad completa, sin voz para pedir auxilio, sin piernas para correr, sin fuerzas para resistir, sin armas con qué luchar, agobiado por el sueño, en un círculo estrecho que rompe sólo al fin, los gritos de una espantosa desesperación o el golpe que causa el esfuerzo supremo de la mayor angustia.

Nuestro pueblo se hallaba así al principio de este siglo en una situación tal de tristeza, retenido en su desarrollo, contenido en la vida, cuyos votos se hallaban en contradicción con el régimen del Estado, con su gobierno colonial, lleno de dolencias que no reparaban los medios legales existentes, ahogado, hostigado, como en una pesadilla por sombras maléficas, por enemigos reales que herían sus intereses, sus aspiraciones, sus derechos y su honor.

El deseo del cambio había nacido, sin embargo, y alentaba realizarlo el ejemplo dado por los Estados Unidos. Cada día más general la idea, propagada con las mismas persecuciones y los calabozos, fresco el ultraje, encendida la pasión, transformada en sorda cólera la angustia, sin más que una puñalada en el rostro de uno de los privilegiados para que se excitaran y animaran los hombres, en medio de una inmensa gritería del tumulto, como un torrente que empujaba los diques que retenían sus aguas y que

desbordado por una gota de agua más, llevó a la campiña desolación y muerte, pero que trajo tras ella fertilidad imperecedera y abundancia, nuestro pueblo en el paroxismo de la desesperación se lanzó contra sus opresores lleno de rabia, suspirando por la lucha, sobrecogido por el entusiasmo que le inspiraba la Libertad naciente.

Al grito formidable de guerra se estremeció todo el suelo americano, propagándose desde la montaña al llano, por los collados y las breñas hasta el corazón de los héroes. Oyóse entonces el ruido de corceles que subían la cuesta y que bajaban al llano, el afilar de las espadas que llegaban al hueso, ensordecedor el trueno de la metralla y horrendo un choque de cruzados aceros que penetraba al alma.

Colombia era un solo campamento y de su seno generoso y fecundo salían invictos guerreros de mirar temible que infundían terror a los tiranos y que, ansiosos de gloria, ora llevaban libertad a Venezuela, patria daban a los bolivianos, derechos al Perú, y redención al pueblo ecuatoriano.

¡Qué epopeya! Marte nunca sostuvo mejor el brazo de Héctor como fuerzas dio y valor a la libertad del soldado americano. ¡Qué victorias!, qué actos de heroísmo. Aníbal no subió con más brío los Alpes como Bolívar los Andes por los cuales descendió como el rayo para anonadar al adversario; ni fue más grande Leonidas sucumbiendo con trescientos bravos espartanos como en las Queseras del Medio el temido jefe de los Llanos, venciendo con ciento cincuenta leones; ni Horacio Cocles más denodado, más valiente, más abnegado y patriota que ese loco sublime que en un mar de llamas que enrojeció el cielo y quitó la vista para siempre a los tiranos ofrendó su vida por salvar la patria.

¡Qué epopeya! Se combatía a paso de vencedores, avanzando, el arma al brazo, un mirar de Medusa, hiriendo sin tregua ni descanso, acosando, persiguiendo hasta dejar despejada y completamente libre la tierra en que se había enseñoreado por trescientos años, el principio de la autoridad monárquica, sorda a los clamores del pueblo, ciega a la luz del progreso, resistente a la ola invasora del individualismo triunfante.

Tocónos como istmeños nuestra considerable parte de sacrificios y de glorias.

Nuestra posición nos hacía estar más cerca de España, retenidos, guardados como llave de sus dominios. Más renovada, más movible nuestra población que la de los pueblos del centro de la Nueva Granada, la atmósfera se depuraba a menudo descargándose de impurezas y dándonos continuas esperanzas que motivaron los cambios.

Ardían por la Libertad, sin embargo, todos los corazones; y de los hijos del Istmo, muchos tiraron de la brida el corcel y arremetieron como buenos en Junín, y subieron a Ayacucho a estilo republicano, con el arma al brazo; avanzando como avanzan los vencedores solos, por entre ondas de muerte.

En el Istmo todos parecían, no obstante, entregados en la ciudad a la faena diaria, pero el corazón se agita y la memoria vaga por los campos de muerte en donde luchan por la libertad héroes colombianos. En un momento el artesano ha oído una palabra misteriosa y ha dejado en el acto sus útiles y herramientas de trabajo, al pasar se une al vecino que, como él, ha escuchado y maquinalmente seguido. Ya suben la calle y se juntan a los grupos que crecen como la ola del océano. Por todas partes asoman, como en las aldeas en días de misa, no grupos sino legiones de hombres que hablan animados por esperanzas y secretas dichas, confundidos en una sola masa, el negro, el blanco, el pelucón, el indio, porque para la Libertad no hay más que una raza, una sola condición de hombres.

La plaza pública está llena. El Pueblo la ocupa. Ha venido como en los bellos días de Roma a deliberar sobre la cosa de todos, a fundar el gobierno propio, a declararse libre, y así lo hace, del poder que le privó el desarrollo y lo contuvo en su progreso. Ni una amenaza, ni una voz de destitución o muerte. El fuerte es sereno, y en el Istmo no hay bandos ni partidos que lo debiliten, resistencias que puedan encender su cólera. Se trata de la emancipación de todos de una tutela evasiva y en esta causa no hay más que una sola voluntad seguida de una sola resolución heroica.

¡Qué bella lección para el porvenir! ¡Qué poder tan irresistible el de un pueblo unido!

El movimiento fue tan extraordinario e irresistible que el Obispo, ilustre entre todos los Obispos, el Jefe de las fuerzas acantonadas en la Plaza, las autoridades todas del Istmo, lo siguieron sin vacilaciones, fueron sus motores, su alma madre, su más poderosa fuerza impulsiva. Qué prestigio el de la Libertad, los agentes de la opresión sirviendo a los dictados de ella.

¡Qué bello ejemplo para los que creen que es un deber servir al tirano, a despecho de las leyes, con la ruina para los derechos populares; que uno es traidor cuando en lugar de herir el seno de la patria esclavizada, nuestra primera madre, dirige las armas que le han dado contra el opresor que las puso en sus manos!

Pudimos libres ya, dueños de nuestros destinos, formar Estado separado. Nuestro territorio es más vasto que el de Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suiza, y nuestra población mayor que la que Rousseau pedía para hacer un país. Teníamos ciudadanos con que haber llenado a Roma en los tiempos en que por fundar uno nuevo, hacía la guerra a los vecinos y robaba doncellas con las cuales poblaba sus casas desiertas de santas alegrías y santas dichas. No lo hicimos sin embargo, porque en esos tiempos la fraternidad de los pueblos era el sentimiento más poderoso de nuestros padres.

La idea de las grandes nacionalidades que ha ido tomando cuerpo en estos últimos años, era en aquellos la aspiración constante de los hombres que habían luchado por la unión de los pueblos, la fuerza mayor que oponer al opresor armado. La Libertad no podía reinar en estrecho campo. Nadie pensó, pues, en hacer la *República del Istmo*.

Unidos a Colombia por declaración libre y espontánea en ese santo día del cual nos alejan ya sesenta y siete años, hemos seguido con ella, en alternativas diversas, gozando de sus glorias, sufriendo generosamente con todos sus infortunios, con ella pensando, con ella trabajando por la estabilidad de la República, callando cuando el sufrimiento ha sido solo nuestro, nunca indiferente a las grandes aspiraciones más vehementes de su pueblo.

No hemos progresado, con todo, tanto como lo imaginaron nuestros padres. Somos libres, seguramente, y este es el mayor de los bienes terrenales. La pobreza no es un mal cuando el

hombre puede hablar cuando quiere, cuando puede vivir en sociedad de quienes ama, y puede escribir, reír, llorar, sin embarazo, quejarse de quienes lo oprimen, morir en su choza y no en la cárcel, reposar, en fin, tranquilo en la misma tumba de sus mayores.

Por conservar ese supremo bien, el Istmo volvería sin duda alguna, a enviar héroes, sus hijos, a la lucha contra los opresores, y otro día, solemne como el veintiocho de noviembre de 1821, vendría como vino entonces, a congregarse para deliberar sobre la cosa de todos, silencioso, pero resuelto, sereno y fuerte en su derecho, en esa plaza pública donde juró su independencia del poder de España.

Pero nuestras ciudades desfallecen o mueren. Canaá está enterrada como la vieja Babilonia; Portobelo, como una anciana, muestra ya sus arrugas en las grandes grietas de sus casas por donde asoma el musgo y el jaramango de las tumbas; Chagres no existe; de Ocú emigran los ciudadanos; Pocrí está enferma; Parita vive en ruinas y Natá de antigua fama, en la miseria llora la pérdida de sus apuestos caballeros. En nuestros campos no hay agricultura, ni un molino para mover las aguas, fábricas no se conocen, ni se conocen máquinas; cuando todos los pueblos de la tierra, viven unidos por el telégrafo, todavía entre nosotros no ha tendido sus redes; escuelas se cuentan con los dedos de la mano, y, en fin, como ahora tres y medio siglos, navegamos hoy penosamente en los mismos bajeles que a Balboa anunció Panquiaco recorrían a vela en aquellos primitivos y heroicos tiempos nuestro gran Océano.

En la línea de lo que será Canal han surgido, en cambio, muchas poblaciones, pero todas ellas de endebles cañas, semejantes a Colón, dos veces grande, dos veces bulliciosa, parecida a un mercado, poblaciones todas inestables, como tiendas de campaña, como nidos de pajarillo en rama.

Sin embargo, vivimos al lado de la civilización, en el centro del mundo que se agita en tanto que seguimos estacionarios en la gran labor del progreso en que tan poca parte tomamos.

No hemos carecido de capital. Muchos alegan para no trabajar que no tienen dinero. Capital hemos tenido a manos llenas. La California nos dio oro, mucho oro, y el Canal de plata, mucha plata ¡Quiera Dios que en el porvenir no tengamos una edad de cobre!

Hemos sufrido, pues, en épocas diferentes, y necesario es que no sea precisamente porque somos libres. Nuestras conquistas políticas, nuestras reformas y nuestros cambios en las leyes han sido dirigidas a proporcionarnos la mayor suma posible de bien; pero ellas no han dejado huellas en el espíritu público. Hablamos mucho de libertad en nuestras constituciones, y no la practicamos; decimos ser iguales y a cada paso hallamos favoritos y privilegiados; y no es raro ver que negras persecuciones llenan a veces de luto y dejan desiertas las casas de algunos compatriotas nuestros.

Tal contradicción, por cierto, entre las palabras y los hechos, entre las teorías y nuestros procedimientos dejan en nosotros, como hez amarga, decepciones profundas, reflejan nuestra fe, la fe sencilla que nos dejaron nuestros padres, perturban nuestros principios, amortiguan nuestras esperanzas y abaten nuestras fuerzas que destinamos a la gran lucha del progreso.

Necesitamos, pues, de verdad, de mucha verdad. La República se apoya en las virtudes públicas y privadas de los ciudadanos, y la verdad es la primera de todas. Más que esto, necesitamos de instrucción, mucha instrucción. La práctica de la verdad requiere el conocimiento de ella, y la independencia de carácter, completo sometimiento de nosotros mismos, esto es, de nuestras necesidades que sojuzgan y avasalla únicamente facultades desarrolladas y fuertes.

Hemos perdido un tiempo precioso y es preciso que nos apresuremos. Con territorio inmenso como tenemos, con minas de todos los metales del mundo, con ríos navegables que atraviesan vastísimos valles y bañan las faldas o vertientes de numerosas montañas o los linderos de espesos y riquísimos bosques, debemos tratar de aumentar los medios de saber, poblar las escuelas de toda clase de genios, aumentar su número hasta la aldea más retirada, ponerlas al alcance del más infeliz cuyos andrajos encubren frecuentemente un notable talento, e infundir a todos la fiebre del saber, la ambición del poder que nace de ella y el poder mismo que es su resultado.

Convenzámonos de que la lucha por la Libertad es todavía y lo será eternamente la vieja lucha del tentador demonio y del espíritu. En tantos días de agitaciones del mundo no ha habido entre estos combatientes un solo momento de tregua.

La reconciliación se hace cada día más imposible. Si flaquean pues, si ceden nuestras facultades, las necesidades crecientes nos dominan y la tiranía es segura, irremediable.

Por fortuna, si en el Istmo hemos perdido mucho tiempo precioso, todo indica que vendrán mejores que aprovecharemos en el porvenir.

Señores: es una dicha que en este día de regocijo, al renovar nuestros votos de unión con Colombia, de la cual hacemos parte integrante, lo hagamos rodeados por los dignos miembros de un cabildo tan amigo del progreso y celoso de los fueros populares como el que tenemos y ante un Gobernador que tan bien se identifica con nuestras aspiraciones más vehementes, que tanto se esfuerzan en favor nuestro en la obra de la reparación autonómica y que por sus prendas personales no menos brillantes que sus virtudes públicas, tanto respeto nos inspira y tanto decidido aprecio.

He dicho.

DISCURSO ANTE LA TUMBA DEL DR. JUSTO AROSEMENA (24 de febrero de 1896)

Belisario Porras

Señores:

Me parece que no nos hemos congregado en este recinto de la muerte para darle al eminente conciudadano nuestro cuyos despojos ha de guardar esa fosa, las últimas palabras de cariño y las muy tristes de despedida. Venimos a rendirle espontáneo y decisivo homenaje, el que los hombres superiores como él merecen por su integridad, por la elevación y firmeza de sus principios y por la rectitud de su conciencia.

La muerte no ha de ser, en efecto para todos un arcano o un abismo insondable, de donde no escrute algo el espíritu humano. Para algunos será la nada; para otros será un viaje largo y desconocido pero para los pocos selectos y escogidos, entre quienes figura nuestro eximio Arosemena, ella no puede ser sino la glorificación del carácter.

Sin los ejemplos palpitantes y espléndidos de una vida ilustre como la suya, la existencia sería en verdad un misterio mucho más impenetrable e incomprensible que el de la muerte. Juzgaríamos que todo había concluido ante la tumba, que a nuestra vista *nos quedaba solamente el polvo de una vida más o menos cara*, ligada a las de otros por los lazos invisibles del afecto, y tendríamos que asirnos, como a endeble tabla el náufrago a quien rodean las sombras y rumores del Océano y su abismo del mismo modo insondable a la creencia dulce y consoladora de la resurrección en un día de todo amor y de toda fraternidad.

Mas no viven todos de la misma manera, y ante la generalidad de los que se hunden en lo desconocido, aparecen otros como astros refulgentes cuya existencia ha sido una huella luminosa, quienes han creído y practicado con ingenio raro, como el Dr. Arosemena, que de algo sirve ser bueno, porque puede llegarse a serlo, porque siéndole han cosechado todo bien, y nos han infundido la esperanza, la verdad y la más inquebrantable fe. De éstos, al separarse de nosotros por la muerte, no queda, como se

cree, el polvo que perece o se confunde en las miserias de la materia, sino sus acciones y sus principios que forman su carácter y que sobreviven como un soberbio ideal y como una revelación del misterio de la vida.

Júzgase erróneamente que esta no es otra cosa que las frívolas agitaciones, los pueriles o comunes goces, las flaquezas, sufrimientos y enfermedades; pero no lo son ni aun la ambición, ni el gusto por la riqueza, ni la fama, ni la satisfacción o el apetito del poder. Si lo fueran del Dr. Arosemena no nos quedara hoy nada. *El vivió por su preclaro pensamiento, por su cerebro poderoso del cual brotaron –como de la mente de un Dios, divinidad sabia y fuerte– la reconstitución de un Estado e ideas y doctrinas tales que le dieron vigor a nuestra patria, reputación a muchos y fortuna a no pocos para que hollaran las alturas.* Aparte de ello tuvo virtudes muchas de las sencillas virtudes del hombre en pugna con los deberes de la vida cotidiana. Pero no fue ni por estas sencillas virtudes con las cuales ciertamente habría podido erguirse en medio de sus conciudadanos, ni por aquel preclaro pensamiento por lo que hoy se le admira y por lo que debe imitársele, sino porque supo unir a ellos un gran fondo de nobleza, una modestia y un desinterés poco comunes. Cuando con sus ideas que esparcía, como diminutas semillas, en leyes y constituciones, en libros, en folletos y periódicos, hacía surgir los veneros de riqueza, nunca pensó en aprovecharse de ellos en ninguna forma. Por eso sobrevivirá como una enseñanza hoy más que nunca cuando la fe se apaga y los caracteres se pierden, sobre todo para las generaciones venideras que han de inspirarse en sus acciones y en sus doctrinas, y que han de relatar su vida múltiple de gran diplomático, de sabio político, de publicista eminente, de jurisconsulto, y muy particularmente, de hombre sincero que rindió siempre, convencido y fervoroso, culto a la verdad y a la justicia.

No lloréis, pues, su desaparición. Venid a inspiraros en sus hechos.

LA VENTA DEL ISTMO(*) (1903)

Belisario Porras

Que amarga ironía la de la Historia, enfrentarse al presente con las manos vacías, impotente ante nuestras pasiones, pero comprendiendo que ella se levantará como un juez severo, con un arma más poderosa que la de nuestras manos y nuestros corazones; un arma que es el símbolo de la verdad: *La Palabra*.

El Istmo de Panamá, sujeto hoy a la ruta de las ambiciones norteamericanas, ajeno a su propia dirección, impulsado por hombres pequeños y temerosos, que no saben ni defender sus derechos más elementales, no recuerdan hoy que cuando nos emancipamos, lo hicimos sin sacrificios de nadie, sin el esfuerzo de los héroes legendarios de Carabobo y Boyacá, enfrentándonos al imperio colonial más grande que conocieron todos los siglos de Grecia y de Roma.

Ciertamente, que todos los colombianos deseamos que se abra el Canal Interoceánico por nuestro territorio del Istmo, pero ahora que los norteamericanos hacen la proposición de construirlo y que han celebrado con la República de Colombia el Tratado Herrán Hay, con este objeto, así como hay quienes son partidarios de él, a todo trance, y que piden por consiguiente que este contrato sea aprobado sin modificaciones, también hay quienes pensamos que sólo podrá aceptarse modificándolo y que si ha de

(*) Publicado en el "Constitucional", San Salvador, 18 de julio de 1903.

REFLEXIONES CANALERAS O LA VENTA DEL ISTMO, es una valiosa pieza histórica, publicada en "El Constitucional" de San Salvador, en su edición de 18 de julio de 1903, en donde el insigne estadista panameño y caudillo liberal Belisario Porras, comenta el tratado Herrán Hay y señala las consecuencias económicas, políticas y culturales que se habrían de derivar de un tratado canalero con los Estados Unidos de América.

El artículo en cuestión es prácticamente ignorado por las generaciones presentes y por buena parte de la pasada y constituye no sólo un valioso documento histórico sino un alegato de gran actualidad en vista de que ha vuelto a tapete el tema de nuestras relaciones con los Estados Unidos de América.

construirse el Canal, sea sin mengua de la integridad de nuestra soberanía, de la honra de la patria, y de nuestra seguridad económica.

Moderen sus cálculos los que imaginan que los norteamericanos habrán de construir esta obra para nuestro beneficio y recuérdese que éstos no han sido capaces de respetar sus obligaciones contractuales desde el año 1849, en que la seguridad del Istmo ha sido amenazada y controlada caprichosamente por la dirección que le ha venido imponiendo aquel país.

Los que combatimos al Tratado Herrán Hay, somos uniformes en nuestras argumentaciones y lógicos con nosotros mismos, no discrepando en un solo punto. Los canalistas a toda costa, se distinguen por la falta de uniformidad y de lógica. No solo se contradicen unos a otros, sino a sí mismos. Nos ha parecido que los primeros son demasiado conformes o ingenuos para comprender la verdad.

Para los que sostenemos la soberanía, la honra, la integridad de la patria y la seguridad económica del Istmo, la verdad resplandece y nos guía a todos como un foco de luz, en tanto que los que se olvidan de estos principios que son de conservación, se dejan arrastrar por móviles menos elevados, menos resplandecientes, menos fijos, más particulares, y por esto se van por diversas vías, empleando recursos desiguales, como si dijéramos vehículos distintos.

Los norteamericanos han tenido dominio absoluto del Istmo desde el año de 1849 sobre la línea férrea de Panamá a Colón, lo que consideran en cierto modo una prolongación de la línea costanera de los Estados Unidos, y los Istmeños con temor debemos comprender el peligro que entraña para nuestro porvenir estas pretensiones del norteamericanismo; el Tratado Herrán Hay no limita las ambiciones y propósitos norteamericanos, sino que abre las puertas por completo a la dominación norteamericana. Por ello deducimos en buena lógica que de aprobarse el Tratado Herrán Hay, esto constituirá en pocas palabras UNA VENTA DEL ISTMO.

Acaso queremos echar el Istmo en brazos de los norteamericanos...?

Deshacernos de él por diez millones de pesos en oro... y qué...?

Olvidan los istmeños que nos han humillado los norteamericanos, tan solo con el dominio de la línea férrea de Panamá a Colón; si les ofrecemos y les entregamos una faja de terreno en el Istmo, es lógico que en poco tiempo pretenderán dominar en los 900 miriámetros cuadrados del territorio que compone el Istmo de Panamá, y si han de avanzar como avanzan hoy, los norteamericanos nos colonizarán con la mayor firmeza y rapidez...!

Pero no han de llegar...!! Antes de que se cumpla este supuesto destino irremediable, que nos hunda el mar y nos sepulte entre las corales y las ostras...!!

Las publicaciones que hasta el presente se han hecho no estudian este punto, lo rozan apenas como el batir del ave con sus alas. Cuando advierten que la Constitución de la República a nadie ha conferido, ni al gobierno, ni al Poder Legislativo, ni a ninguna autoridad, la facultad de enajenar ni siquiera una pequeña parte de nuestros territorios, ni siquiera con el propósito de administrar el Canal Interoceánico.

La soberanía Colombiana debe ser mantenida a toda costa, y que la bandera tricolor de Colombia, ondee sin temores y sin reticencias desde Bocas del Toro, hasta Cundinamarca...! Que ninguna bandera extranjera sea plantada en nuestro territorio, ni siquiera con el pretexto de abrir un camino en nuestra tierra para abrazar los mares...!!

¿Por qué creer que este es el principio fundamental de que ninguna autoridad, por elevada que sea, puede ejercer facultades para enajenar nuestro territorio y conceder los derechos soberanos...? La integridad de la patria debe ser mantenida a toda costa, y si ha de intentarse construir el Canal Interoceánico, que se asegure y se explique que sólo nuestro ejército, nuestra policía, nuestros jueces, podrán administrar justicia...!

Todos los tratadistas de derecho, desde Blunstchi hasta Fiore, sin excepción de uno solo, sostienen que la soberanía es indivisible, que la soberanía es inajenable, que la soberanía es única, y que es una condición inmanente a la nación; el territorio de la patria no puede ser dividido, ni siquiera alquilado, ni siquiera con el pretexto de abrir el canal interoceánico.

No comprendemos qué ley de la República, qué poder del Estado, puede tener facultades para desmembrar nuestro territorio y entregar parte de él a la administración de los norteamericanos!

Las cosas hay que hablarlas con entera franqueza y claridad. El Istmo de Panamá —es decir Colombia— simplemente está ofreciendo la posibilidad de abrir el Canal Interoceánico, contando con el más valioso capital, que es la tierra y la posición geográfica, sin cuyo concurso los norteamericanos no podrán abrir dicho canal, y sino que lo intenten desde Florida a California...!

El Istmo de Panamá es la franja más angosta del continente americano, y ofrece su territorio para la magna obra; no se puede menospreciar el capital que constituye el aporte de la República de Colombia, ya que es sin duda el más valioso, porque estamos seguros de que si los norteamericanos no construyen el Canal con todo su enorme capital económico, cualquiera otra potencia europea en mejor ocasión, preferirá nuestra ruta, a la de cualquier otro país. Si no, díganlo con elocuencia, las rutas en proyecto de Tehuantepec y de Nicaragua, las cuales fueron deshechadas en minucioso examen y que vino a determinar el proyecto de Lesseps y Bonaparte Wyse.

El argumento que ha venido esgrimiendo el norteamericano del peligro europeo, constituye en sí una respuesta al peligro norteamericano que vemos venir con todo el temor los que combatimos el tratado Herrán Hay. Insistimos en que esa franja de territorio que se dará a los norteamericanos, les hará dueños de nuestro territorio, y si no que lo digan con elocuencia la aplicación de la doctrina Monroe en nuestra propia tierra americana, a donde han sembrado sus manos de sangre...!!

Los norteamericanos contemplan con todo el cálculo la posibilidad de hacerse dueños del Istmo de Panamá, pero nos dicen con todo el cinismo... “los europeos nos acechan, están prontos a devorarnos, y es necesario que nosotros los protejamos, contra sus intereses imperialistas...”. Casi pareciera que los norteamericanos son nuestros amigos, a manera del lobo con la oveja, siempre que nos dejemos devorar tan solo por ellos —aunque bien pienso que así serían igualmente los europeos indiscutiblemente.

Nos dicen los norteamericanos que serán nuestra garantía si les entregamos una faja de nuestro territorio, pero que serán nuestra amenaza si nos resistimos contra ellos... ya desde el canal francés han venido amenazándonos y en tal sentido se ha pronunciado profusamente la prensa norteamericana.

Se ve, pues, que se nos coloca como los navegantes, perseguidos en Neptuno en la Odisea de Homero, entre Caribdis y Escila; expuestos a sucumbirnos entre los astros, como fauces de uno de los dos monstruos mitológicos; por tanto se desprende que estas cosas deben tratarse con cuidado, sólo estudiando las preferencias y ventajas, un gobierno inteligente, podrá sacar mejor provecho de la insistencia norteamericana, no dejando caer en el olvido por completo, que entre las naciones europeas pueden encontrarse mejores garantías de respeto y de dignidad, que la que nos ofrecen hoy los norteamericanos con el tratado Herrán Hay.

Los norteamericanos quieren absorvernó... vendrán aquí con el mensaje de su lengua y de su folklore, son de una condición que no respeta más hegemonía cultural que la suya; vendrán a colonizarnos, no sólo como se explota una comarca, con propósitos comerciales —o políticos— sino por medio de su cultura, sinceramente incompatible con la nuestra. A dónde está nuestro valor civil, a dónde nuestra dignidad, a dónde nuestro concepto de la nacionalidad, y de la cultura hispánica, de nuestros derechos y de nuestra personalidad definida...!

Admitimos y comprendemos el peligro europeo, sabemos que entraña un peligro como el del norteamericano, pero no nos intimida tanto, porque allende el mar, una vez una gran nación pretendió dominarnos e imponernos su autoridad por los siglos, y el Istmo, sin armas casi, se levantó por su propia voluntad para deshacer los lazos políticos... LOS CULTURALES NO, nunca jamás.

Los norteamericanos nos dicen que nos tienen mucho cariño; no pocas veces hemos leído en la prensa norteamericana, críticas violentas contra la política imperialista de los europeos contra los latinoamericanos; no pocas veces hemos leído en la prensa norteamericana críticas contra la política de los europeos, que vienen desarrollando en el continente negro —de quienes parece

que quieren convertirse en defensores— qué ironía, para los que defiendan la teoría de McKinley de la expansión territorial y del racismo, y de imponer por la fuerza, una política del panamericanismo, que se administra desde las fronteras norteamericanas, si no, díganlo con elocuencia... México, Cuba, Haití, Filipinas, Puerto Rico... o nosotros mismos!

El ponderado cariño de que nos hablan los norteamericanos, coincide con su propio interés, proclamando la doctrina Monroe; porque para su propia integridad, son un peligro las agresiones y amenazas de la Santa Alianza, y si se opusieron a Maximiliano en México, fue por temor a su propia integridad, y si se opusieron a la dominación de Cuba y de Puerto Rico, por consejo desde los tiempos de Jefferson —fue por ejercer una hegemonía, que hoy sufrimos, y que ha sido de ingentes provechos para el país de los norteamericanos.

Sinceramente éstos no son hombres sinceros, hombres de virtud y de palabra, éstos no aman los ideales del derecho con alma pura y fe. Quién no recuerda los ríos de sangre que hicieron derramar para mantener la esclavitud de los negros en su propia tierra y quién no recuerda la impasividad, la indiferencia con que han visto las colonias de Jamaica y la de Guayana en el propio centro del enorme país latinoamericano.

El negro redimido no ha dejado de ser esclavo, y hoy, cansado de recibir ultrajes y horribles brutalidades en el propio país donde levantó ríos de oro con sus propias manos, no conoce ni siquiera el amparo para él, y lleno de zozobras y de angustias, como un náufrago vuelve sus ojos espantados de llanto, ante el misericordioso Zar de todas las Rusias —padrecito de millones de esclavos— en busca de protección.

No hablaremos con detalle de la dominación norteamericana en Puerto Rico, porque ella forma parte de una larga página de interminables horrores, denunciados al mundo por Luis Muñoz Rivera, y basta citar a Filipinas, perseguida, hostigada, cazada de cerca como una fiera, que se extingue en medio de torturas y humillaciones, bajo el fuste de sus nuevos amos...!

¿Qué prueba esto? ¿Qué debemos creer en el cariño de los norteamericanos, padres y protectores de la enorme isla del nuevo continente, y que debemos someternos a su voluntad?

No, y mil veces... NO! Porque Panamá no necesita del Canal; pero si ese ha de ser nuestro inexorable destino histórico, que se recuerde que el Istmo de Panamá cuenta con el más valioso tesoro para su construcción y que ellos no lo construirán sin nuestro concurso.

No somos, sin embargo, de los que creemos que el Istmo de Panamá debe construir el Canal a toda costa, aún a riesgo de la desmembración de nuestra patria colombiana, si es verdad que el Istmo ha adquirido su propia personalidad a través de toda su historia y que tiene el derecho de exigir, como advertimos con claridad en nuestra Acta de Independencia en el año 1821, LA AUTONOMIA FEDERAL, para conservar nuestra INDEPENDENCIA INTERNA, no soy, repito, de los que creen que debemos separarnos de Colombia; ajenas al sueño del Libertador, las provincias latinoamericanas han ido dividiéndose, no consiguiendo otra cosa que su debilitamiento, cuando debemos volver nuestros ojos hacia la unión latinoamericana, uniendo en un solo país las provincias que hablan una misma lengua en una misma cultura; no podemos pensar mezquinamente en que debemos separarnos de Colombia. Tal vez sea esto lo que quieren los norteamericanos para dominarnos, sabiendo que junto a un país grande y fuerte podemos exigir mucho más de ellos, que como un pequeño país débil y aislado.

El Tratado Herrán Hay, irrespetando y violando las leyes de la República Colombiana, pretende fraccionar nuestra soberanía y ponerla bajo la protección norteamericana, y esto constituye una cesión falaz, por medio de un falso arrendamiento, hecho para acopiar mucho oro, pero sólo para los norteamericanos.

No olvidemos que la Historia está frente a nosotros, y que somos responsables ante nuestras generaciones venideras de lo que decidamos hoy; recuérdese que la demasiada confianza en los norteamericanos, sólo nos traerá remordimientos tardíos. Pensemos que, antes que todas nuestras ilusiones, está un deber para la patria y para con nuestros hijos: el conservar íntegro el patrimonio nacional, que nos legaron nuestros padres.

LOS SUCESOS DE PANAMA EN 1903

Belisario Porras

Los sucesos de Panamá, de los cuales está impuesto Ud., llegaron a mi conocimiento, causándome el efecto de golpes sucesivos tan grandes que por muchos días me sentí anonadado. Hijo nativo del Istmo, pero educado, en Bogotá, esos sucesos me hirieron en mi doble condición de istmeño de sangre y de colombiano por ideas y el cultivo de la inteligencia. Obraban en contra de mis sentimientos y de mis convicciones, desvanecían mucho si no todas mis esperanzas y modificaban del todo mis planes y proyectos de vida futura.

En tal situación, al principio y en el curso de los sucesos, fui llamado por mis paisanos del Istmo para que ocupara diferentes puestos en la nueva República y colaborara en su establecimiento. Como Ud. también está de ello impuesto me denegué a aceptarlos manteniéndome en mi actitud de dolor, no hostil ni colérico, pero sí extraño a una operación que condenaba en el fondo de mi corazón.

Consecuente con el deseo de no haceros terrible mi reprobación me guardé de publicar nada a tal respecto, pero no pude evitar sin embargo, que se publicaran, en esta ciudad y en la de Puntarenas cuando me hallaba en Managua, sendas cartas, absolutamente privadas, en las que mantenía mis primeras determinaciones. Lo hicieron así los amigos que recibieron aquellas cartas, para desmentir aseveraciones que hacían los periódicos del Salvador y Costa Rica respecto de mi adhesión a aquellos hechos.

No obstante las declaraciones contenidas en esas cartas, mis amigos de Panamá han insistido en llamarme, y me han enviado a mediados de febrero una carta colectiva que no he podido contestar, por el estado de perturbación moral en que me hallo aún. Casi me es imposible agrupar mis reflexiones, ni pesar la intensidad e inclinación de mis sentimientos, únicos tal vez que

SISNETT, Manuel Octavio: *Belisario Porras o la Vocación de la Nacionalidad*. Talleres de la Universidad de Panamá, Panamá 1973, 2da. edición, págs. 402-405.

había necesidad de tener en cuenta para determinarme libremente en el dilema que me hacen confrontar los que me escriben, al pedirme ya consumados e irremediables los sucesos que escoja por Patria a la tierra en que nací.

En vista de esto, y confiando ampliamente en sus capacidades intelectuales, en la fuerza de su corazón, y sobre todo en su lealtad para conmigo, vengo a rogarle conteste Ud. por mí, y como si fuese Ud. mismo la carta a que me he referido y que hallará Ud. adjunto a la presente.

Adjuntos hallará Ud. también los recortes de las cartas mías a que arriba he aludido y otros originales de amigos panameños que separadamente me pintan la situación actual del Istmo cuando ha comenzado a reflexionar y a ver serenamente.

Desearía que la contestación tuviera en cuenta las consideraciones que a la ligera paso a expresar:

1a. Que no he sido nunca, partidario de las repúblicas pequeñas, y que el movimiento de secesión de Panamá para formar una república independiente de la de Colombia ha sido en mi sentir un *hecho artificial* contrario a los principios que garantizarían la estabilidad del nuevo Estado. La tendencia universal, en efecto, es a la formación de grandes nacionalidades o a la consolidación de los existentes. Donde lo permiten las condiciones topográficas y lo favorecen las condiciones étnicas (y en el Istmo respecto a Colombia lo es así) los pueblos buscan, se unen y compactan. Los griegos permanecieron muchos siglos dispersos, y divididos y fraccionadas estuvieron también durante muchos siglos Gran Bretaña, Italia y Alemania la grande, logrando al cabo de nobilísimos esfuerzos formar la unidad por medio de la cual podían realizar sus destinos.

No tienden a la disgregación sino elementos heterogéneos. Se agregan naturalmente de otros los pueblos que no forman con ellos una unidad étnica o de intereses. Allí donde el idioma, la religión, la sangre, la historia y los ideales no son unos mismos, el espíritu de cohesión no existe. La conquista, la oposición, la tiranía, el despotismo y esclavitud nada consiguen. Pueden ser absorbidos y desaparecer el órgano social, esto es el *Estado*, la sociedad sigue, el espíritu de la *nacionalidad* se mueve y vive. Así me parece que es la mía dividida y repartida, y la Judea errante, como la antigua Persia esclavizada y luego redimida.

2a. Que de aceptar la independencia del Istmo de Colombia, como lo había aceptado desde un primer momento de una lucha abierta, franca y heroica como ésta, me habría hecho abstener de toda colaboración en ella desde que ocurrió la intervención americana. Esta que había perseguido la apertura del canal con dominio de territorio y el móvil de la secesión y claro también que no se cumplía por las grandes causas por las cuales ciertas comarcas pobladas del territorio de una nación han justificado su separación de ésta. Veía también que en tales condiciones la independencia proclamada tenía que ser aparente o precaria: que no hay propiamente alianza entre un Estado poderoso y uno débil sino superposición del uno al otro, predominio sobre él y que por tal motivo el Istmo salía en suma de una unión con Colombia, con la que tenía idéntico origen para incorporarse en otra nación, extraña a él por ese origen, por la raza, por la religión y el idioma.

3a. Que el Istmo, eminentemente liberal, sí ha tenido agravios, de qué quejarse por no haber podido en muchos años hacerse representar en los consejos del Gobierno Nacional, por no haber conseguido hacerse escuchar en ese tiempo su opinión; pero las quejas que al haberlas tenido contra *Colombia* habían justificado su separación de ella, no podía hacerlas valer sino contra el Gobierno de la Nación, contra un *régimen*, el de un *partido vencedor* sobre la otra mitad de la nación, y es bien sabido que todo régimen, por parte o arraigado que esté, aun los monárquicos hereditarios son relativos, efímeros si se les compara con la eternidad o donación indefinida de la *Patria*.

4a. Que la *autonomía local* a que tenía derecho el Istmo por su acta de independencia de España e incorporación a Colombia fue destruida precisamente por el partido conservador vencedor, y ese mismo partido en el Istmo, falto de opinión popular, que es *poder político*, había sido el que había abogado esa opinión por muchos años e impedido la legítima representación de sus intereses. Encabezando ahora el movimiento de secesión en circunstancias en que había sido el grupo que en el Istmo como *poder social* más había abogado por la apertura del canal bajo *cualesquiera condiciones*, se veía bien que el recobro de la autonomía local no era como el de la independencia, sino aparente,

pues tendría que ser siempre ese mismo partido el que siguiera gobernando el país bajo la nueva organización. El Partido Liberal del Istmo tenía que quedar en peores condiciones que en su unión con Colombia, pues si con ésta quedaba la esperanza de que sucumbiese al fin el partido autoritario, bajo un protectorado norteamericano la oligarquía conservadora no tendrá término jamás, o duraría tanto como la unidad y poderío del gran coloso.

5a. Aunque admiro la grandeza y la armonía de las instituciones norteamericanas, el progreso y riqueza de los Estados Unidos, estoy convencido, de que la unión de cualquiera rama de la raza latina con ellos y al amparo de sus leyes, sería la eliminación, por el odio y la destrucción o simplemente por la competencia y la debilidad. La historia demuestra, y la de los Estados Unidos está llena de ejemplos, que es menor el odio proveniente de la guerra entre dos pueblos que el que experimentan estos mismos pueblos cuando tienen que vivir en contacto uno con el otro y pugnan a causa de su sangre, religión y costumbres diferentes. Por esto siempre estimé, aun antes, de los sucesos del 3 de noviembre que el acercamiento de los norteamericanos en el Istmo en las condiciones de amos y señores de una gran faja determinante en el centro de las propias ciudades de Panamá y Colón, sería funesto para el Istmo como pueblo, aunque no lo fuese así por el Istmo como territorio.

6a. Esto me hizo combatir la aprobación del Tratado Herrán-Hay que confería a los norteamericanos en el Istmo dominio territorial y todos los derechos o atribuciones de la soberanía en él. He sido partidario del Canal como empresa requerida por los intereses de la humanidad y como un valor para todas las naciones. No he creído, sin embargo, que la apertura del Istmo traiga para éste la edad venturosa de progreso y civilización y de riqueza que vaticinan para él los que no ven sino las satisfacciones inmediatas y las captaciones individuales del lucro momentáneo durante la obra de excavación. La Compañía Panameña gastó *en el Istmo* algunos centenares de millones de pesos durante diez o quince años y el progreso, la riqueza y la civilización en él han sido apenas sensibles, lo que prueba que esos bienes no se producen irremediabilmente porque se gastan millones en la realización de

una obra. Considero que el Istmo progresaría, pero no de manera tal que ese progreso apenas supuesto debiese ser causa determinante de su separación de Colombia, ni Colombia se hubiese efectivamente opuesto ciegamente a la apertura del Canal.

7a. Los medios empleados para la secesión del Istmo aun prescindiendo de la reprensible cooperación exterior podían retraerme de prestarle mi concurso no obstante mi adhesión incontrastable a él. No soy enemigo de las evoluciones pacíficas y de más conquistas sino al antiguo; pero prefería la lucha heroica en los tiempos, si para vencer las resistencias de los propósitos no hubiese después de ella otros medios que los de la venalidad y la traición. Es evidente que los encargados en el Istmo de conservar y defender la integridad del territorio colombiano, el orden y la tranquilidad, la Constitución y las leyes, podían ser partidarios de la secesión del Istmo; pero mientras tenían ese encargo debían oponerse por todos los medios imaginables, a su cumplimiento, sacrificando hasta la misma vida. Su concurso no es pues plausible, y aunque por su medio se haya evitado el derramamiento de sangre, la obra que aun a expensas de ésta habría despertado todos los orgullos legítimos, aparece afectada de un pecado primero que no puede asegurarle larga duración. Las malas acciones no pierden su significación, nunca han servido para fundar nada estable.

8a. Pero he nacido en el Istmo; en él tengo mis parientes, mis mejores afectos... Cumplidos e irremediables los hechos y cuando todo el mundo, incluso Colombia, los aceptan ya, debo yo renunciar a la tierra de mi nacimiento? ¿Cuál es mi deber respecto del Istmo? Requerido aun, sin vacilaciones, por un gran número de mis paisanos que no han ignorado sino antes bien conocida mi actitud, para que vaya al Istmo debo o no ceder a su reclamo? Mi inconformidad y mi reprobación en cuanto a la secesión y en cuanto al protectorado americano me imponen la declaración de ser colombiano y me alejan irremediablemente para siempre del Istmo, o puede aun dentro de la entidad que se ha creado y correspondiendo al deseo de un gran número de istmeños trabajar por la conservación y engrandecimiento de esa rama de la familia

latina por levantar obras de resistencias a la absorción y sacrificarse, combatiendo en la lucha pacífica a la oligarquía protegida que gobernará y en beneficio de un pueblo que es de mi sangre, de mi cuna y aun de mis esfuerzos. Queda cumplido mi deber en no haber dado mi concurso a la obra de la separación y el implantamiento del protectorado, o se extiende a más, a mi rebeldía constante?

San Salvador, abril de 1904.

Belisario Porras.